

ignominia. Triunfará finalmente “la sociedad”. El “buen nombre”. El no-amor.

“Se tiende sobre las cobijas. Esperar la media noche. Como para Año Nuevo. Esta vez sin cena y sin abrazos. Con la esperanza. Toda la esperanza posible. Para su dignidad. Para la dignidad de todos y de cada uno. Que no se sepa. Que no lo sepa nadie. Que no se sepa nunca. Sólo él. Sólo él...”.

Luego viene la semivigilia y las ideas se entreveran perdiéndose la noción del tiempo y del espacio: “Por los pasillos, por las calles, por los oídos de las vecinas... Las ranas eructan. “Sana, sana, potito de rana”. Infancia...” ¿Y tu padre? Está muerto, ya te lo dije... Cuando llueve... ¡Ah, si los pescados navegaran en la ciudad! Aquella embarcación es un congrio. Pero que no se roben el agua... ¿Cierta Margarita?... “No debo dormirme”...

Es un constante fluir en que frases y palabras se deslizan por una especie de mágico caudal, sólidamente engarzadas. El lector pareciera intruir la palabra o la frase que seguirá a la anterior con precisión casi matemática. Es que está el “tempo”, la cadencia del lenguaje, perfectamente captado y desarrollado en una constante, sin estridencias ni vacuas depresiones. Ritmo ágil, nervioso a ratos, se eleva por momentos en un “crescendo” que no llega a estallar ni a distorsionar, con ello, la uniformidad rítmica. No hay lugar aquí para la galimatía ni el retruécano. Lenguaje conciso y pletórico de fuerza expresiva, deslizándose como sobre rieles, no se detiene en el preciosismo descriptivo ni hace gala de un vacuo esteticismo.

Obra recia y vital, constituye una aguda visión de una mente que se debate en las zozobras de una situación en que la vida y la muerte se han sucedido en su propio ser en un lapso mínimo, dejando tan sólo un pequeño vacío que se agita “bajo un silencio”: “Sola. Con los ojos mudos acosándola... Podría volverse. Caer sobre los brazos. Apretarse contra el pecho. Y odiar. Odiar. Hasta Morir”.

Está también el testimonio —pleno de honestidad y de sentido literario— de una juventud que se asfixia en el interior de un viejo foso cabado por los adultos, en un tiempo lleno de desconcierto y de temor.

JOSÉ ROMÁN

<https://doi.org/10.29393/At403-23JPGD10023>

*Juan Pérez Jolote*, de RICARDO POZAS A.

Los grupos humanos que habitan el grandioso escenario de nuestra América, desde el Río Bravo hasta la Tierra del Fuego, no han sido debidamente valorizados por nuestros escritores como temas para sus obras literarias. Son escasos los novelistas que han mirado al indio o al negro, por ejemplo, como elementos de gran valor humano y los han incorporado, en sus verdaderas dimensiones, a la literatura continental. Enrique López Albuja, Ciro Alegría, Jorge Amado, Jorge Icaza, Lautaro Yankas, entre otros, en diferentes latitudes, han realizado con éxito esa incorporación al cuento o a la novela del negro y del indígena.

Ahora, hemos leído con personal y auténtico interés el libro *Juan Pérez Jolote* (Biografía de un tzotzil) del escritor mexicano Ricardo Pozas A., que nos ha permitido tomar contacto espiritual o intelectual —si se quiere— con un autor hasta ayer desconocido por nosotros.

Aunque el autor la ha llamado, empequeñeciéndola, "biografía de un tzotzil", la obra es una magnífica novela, tanto por su estructura como por el desarrollo armónico de los acontecimientos, de los sucesivos episodios y del sabor novelesco que se desprende de cada página, con aparente sencillez pero con profundas resonancias en el corazón del hombre.

La vida del indio chamula Juan Pérez Jolote, que abandona su grupo familiar en busca de nuevos horizontes y posibilidades de trabajo mejor remunerado, puede ser la vida de cualquier indio americano. Aislado en sus aldeas y reducciones por una civilización avasalladora y absorbente que no les pertenece y que rechazan desde hace siglos, los indígenas de México, Perú, Bolivia o Chile y los negros del litoral del Pacífico y de Brasil, se aferran a su tierra con desesperada esperanza y mantienen sus costumbres con admirable fidelidad.

Es el caso de *Juan Pérez Jolote* (Fondo de Cultura Americana) que nos presenta Pozas con certeros rasgos, con sobriedad de expresión, utilizando solo los recursos necesarios, con habilidad de auténtico escritor que ha penetrado hasta el fondo en el alma del protagonista para captar en su integridad el alma de su raza. Veamos, por ejemplo, como el autor nos presenta al principal personaje de su obra: "No sé cuando nací. Mis padres no lo sabían; nunca me lo dijeron". Nada más, pero suficiente para darnos una idea precisa e informarnos del ambiente familiar y de la ignorancia de un grupo humano que, no obstante, conserva fielmente la antigua sabiduría de las viejas razas en sus relaciones humanas.

Desde niño, Juan Pérez Jolote toma contacto con la tierra. Y un día cualquiera, ya adolescente, abandona a su grupo humano y se traslada a la ciudad —como le ocurre a muchos indígenas en la inmensidad del escenario americano— para cambiar de vida. Se hace soldado, después de haber estado en la cárcel, y su existencia adquiere nuevas dimensiones. Tenía un fusil en sus manos pero no sabía con certeza a quién defendía ni por quién peleaba. Daba lo mismo que fuera contra Venustiano Carranza, Victoriano Huerta, Francisco Villa o Emiliano Zapata. Aquel era un mundo en llamas y ellos tenían un arma en sus manos para disparar contra quien se lo ordenaran los jefes o caudillos militares.

Ricardo Pozas conoce su oficio de escritor. Su estilo es adecuado a la obra: carece de brillo, exento de metáforas o de imágenes, pero es bello y profundo, expresando su mensaje con palabras impregnadas de humanidad. El retorno de Pérez Jolote al hogar es un episodio que no se olvida fácilmente. Es el hijo pródigo, universal, que regresa después de haber conocido un pequeño trozo del mundo, que le ha demostrado que la vida es dura y amarga en cualquier sitio donde el hombre ponga su planta o alargue sus manos en busca de trabajo.

La novela se desarrolla sin apresuramientos, sin premura, "lenta y segura como una estrella", según la admirable frase de Goethe al referirse al hombre y su destino. Es un proceso natural, lógico, que el autor nos presenta para conducirnos como hábil lazarillo al lado del protagonista hasta que logra ser designado "primer mayor" de la Alcaldía de su aldea.

Juan Pérez Jolote heredó de su padre la afición a la bebida. "Ya no tomes más", me dicen mi Lorenzo y mi Dominga; pero yo no puedo dejar de tomar. Hace días que ya no como... Así murió mi papá. Pero yo no quiero morirme. "Yo quiero vivir". Así termina esta hermosa y conmovedora novela de Ricardo Pozas. Es un valioso elemento y un hito para conocer al hombre de nuestra América, donde una nueva humanidad funde sus esperanzas al compás del infatigable latido del corazón del mundo.

GONZALO DRAGO

*Horizontes del Alba y Poemas de la Patria*, de OCTAVIO CRUZ PONCE.

En la Semana Artística de 1962, el profesor primario o preceptor, como dirían nuestros antepasados, Octavio Cruz Ponce, obtuvo el Premio de Honor de Poesía, cuyos versos publica ahora la Editorial del Pacífico, con el largo título de *Horizontes del Alba y Poemas de la Patria*.

Un nuevo y excelso poeta viene a honrar el ya prestigioso parnaso nacional; con su libro de poemas, Octavio Cruz Ponce se incorpora de inmediato entre nuestros líricos más genuinos.

En un estilo muy propio y personal, en la poesía del novel autor encontramos ciertas reminiscencias de las Geórgicas virgilianas, de la musa de Federico García Lorca y de Pablo Neruda; pero insistimos en que no se trata de imitaciones, sino de una discreta, graciosa y original afinidad.

El poeta se inspira, a semejanza del mantuano, en los trigales, en los árboles, en los pájaros, en los animales y en general en motivos campesinos y de la tierra. Los versos de Cruz Ponce, de la más diversas medidas y raras veces rimados, poseen un especial atractivo por ese candor y simpatía con que sabe idealizar los temas de sus cantos. Si a esto se agrega el suave y armonioso ritmo tan peculiar y novedoso, es indudable que la lectura del libro resulta una fiesta para el espíritu.

El poeta es, sin duda, modernísimo y no falta en sus estrofas un amable y limpio sabor romántico que cautiva; las metáforas, figuras y símbolos se suceden con naturalidad y, aunque en muchos casos, son audaces, ingeniosas y fantásticas, el giro del verso es siempre sencillo y de fácil comprensión; nunca recurre a esas extravagancias y estridencias tan usadas por algunos poetas de nuestro tiempo, a fin de imitar a los grandes maestros líricos. La poesía auténtica y eterna es aquella que cultivaron los clásicos griegos y latinos, los españoles del Siglo de Oro, algunos franceses, italianos y alemanes de ayer y de hoy y los latinoamericanos posteriores al modernismo de Darío; el verso genuino y duradero no es retórico, pero tampoco consiste en una gritería de voces ordenadas en frases u oraciones que pre-